



Me encuentro con Dios en el rostro del pobre

JOSÉ M^a GUERRERO, SJ

I. MIRAR LA VIDA CON EL CORAZON

Paseando por las calles de Moscú, durante la hambruna que acompañó a la guerra, León Tolstoi se encontró con un mendigo. Tolstoi hurgó en sus bolsillos pero no encontró nada. Ya habla dado todo su dinero. Movido a compasión, abrazó al mendigo, besó sus hundidas mejillas y le dijo: *"No te enfades conmigo, hermano, no tengo nada que darte"*.

El rostro macilento del mendigo se iluminó. Y brillaron las lágrimas en sus ojos mientras decía: *"Pero tú me has llamado hermano... ¡y esto es un gran regalo!"*. Tolstoi confesó después a un amigo: *"No solo descubría un hermano, fue con Dios tan indigente con quien me encontré. Eso me conmovió el corazón"*.

Para eso hay que *mirar, contemplar y escuchar con un corazón tocado por la gracia de Dios* que ve donde otros no logran descubrir nada.

Mirar con ojos compasivos "la parábola gigantesca del rico Epulón y el pobre Lázaro" y descubrir que en este banquete de la humanidad que Dios preparó para todos sus hijos, hay muchos a quienes no se les permite entrar y están a la puerta, como Lázaro, esperando que les echen las migajas de la mesa.

Contemplar con el corazón a todos esos tirados en la cuneta de la vida, apaleados por la insolidaridad de tantos que pasan

de largo, haciendo la vista gorda como el levita y el sacerdote de la parábola del Buen Samaritano (cfr. Lc 15, 29-37) para no toparse con ellos ni complicarse la vida y siguen su camino de egoísmo con un corazón cerrado e indiferente.

Escuchar los gritos, muchas veces callados, y otras, ensordecedores de todos los sobrantes y excluidos por un sistema cruel e inhumano (*el neoliberal*), porque ni producen ni consumen y así es escarnecida y pisoteada su dignidad humana.

Mirar con ojos compasivos esas filas interminables de niños abandonados con su soledad a cuestas, de esos jóvenes que vagabundean por nuestras calles sin rumbo, porque se les cerraron las puertas de la esperanza para encontrar un trabajo digno que les hiciera sentirse alguien y soñar en un proyecto de futuro.

Contemplar con el corazón los rostros entristecidos de tantos padres y madres que salen cada mañana con la alforja al hombro para traerles un trozo de pan y afecto a sus hijos y regresan con las alforjas vacías y se sienten derrotados y desesperados, porque, a pesar de sus esfuerzos, no tienen cómo alimentar y educar a sus hijos.

Escuchar los llantos de esos niños golpeados por la pobreza antes de nacer y que arrastrarán por toda su vida secuelas irreparables por la falta de alimentación adecuada y de condiciones dignas de toda persona humana.

Mirar con ojos compasivos esos campos de refugiados en tierra extraña, con una precariedad a cuestas hasta límites increíbles, privados de un techo acogedor, de un trabajo digno que les haría sentirse alguien, de una esperanza cierta cuyo horizonte no se vislumbra por ninguna parte.

Contemplar con el corazón la cara inexpresiva, casi muerta, de tantos ancianos que se sienten un estorbo y un peso para la sociedad de la eficiencia y del éxito y casi les da vergüenza de vivir.

Escuchar el clamor, sordo, a veces y otras amenazante de tantos y tantas personas, varadas por la marea de una sociedad sin entrañas de misericordia y convertidos en unos nadie, sin voz ni voto en el concierto de su país.

Mirar con ojos compasivos la brecha que, en vez de zanjarse, se ensancha y ahonda más cada día entre hombres y mujeres que tienen una misma dignidad - única e invaluable -: la de ser *hijos de Dios*. Por eso es un escándalo y contradicción con el ser cristiano, ya que el lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de grandes masas de desheredados (cfr. Puebla N2, 28).

Contemplar con el corazón esos hombres y mujeres que caminan a nuestro lado con un rostro entristecido, que se suben a la micro para cantar, estando tan apenado su corazón, o simplemente para tendernos la mano, los que se atreven, porque hay otros muchos que ni a eso llegan.

Escuchar el grito de una América Latina - y tantos otros países del mundo que gritan: "*pagar es morir, queremos vivir*". Son voces de rebeldía e impotencia ante una deuda externa que sigue estrangulándonos (de 1982 a 1997 ha pasado de 300.000 a 600.000 millones de dólares).

El hecho es que cada año hay más **pobres que son cada vez más pobres**. El 20% de la población mundial percibía en 1960 el 2,3% del ingreso total; hoy, después de 40 años, apenas roza el 1,1%. Es un dato estremecedor. ¿Es justo que en nuestro país el 90% de las familias tengan que contentarse para vivir con menos de una vigésima parte del ingreso promedio mensual de los más afortunados? ¿Esto es "crecer con equidad"?

Esta es la situación dolorosa, injusta e inhumana pero real en la que vivimos.

Tenemos que tener la valentía de mirar cara a cara esta realidad. ¿Puede agradar a Dios que muchos de sus hijos tengan que contentarse con mirar las luces del banquete de la fiesta y comer las migajas que les tiran los-epulones de siempre que se empeñan en cerrar las puertas del banquete a todos los que están invitados? Y los pobres tienen un puesto privilegiado en el proyecto de Dios.

II. EL ROSTRO SUFRIENTE DE JESUS

Nuestros Obispos, reunidos en la Conferencia Latinoamericana de Santo Domingo, denunciaban con preocupación y angustia "el creciente empobrecimiento en el que están sumidos millones de hermanos nuestros, hasta llegar a extremos intolerables de miseria" y confesaban que es este: "el más devastador y humillante flagelo que vive América Latina y el Caribe" (NI, 179).

Pero iban más lejos. Su mirada de Pastores no era solo ni fundamentalmente **sociológica** (ver la brecha entre unos y otros), sino, sobre todo, **evangélica** (va contra el proyecto de Dios), una mirada de fe: "**descubrir en los rostros sufrientes de los pobres el rostro del Señor**" (cf. Mt 25, 31-46) es algo que desafía a todos los cristianos a una

profunda conversión personal y eclesial. En la fe encontramos los rostros desfigurados por el hambre, consecuencia de la inflación, de la deuda externa y de injusticias sociales; los rostros desilusionados por los políticos, que prometen pero no cumplen; los rostros humillados a causa de la propia cultura, que no es respetada y es incluso despreciada; los rostros aterrorizados por la violencia diaria e indiscriminado; los rostros angustiados de los menores abandonados que caminan por nuestras calles y duermen bajo nuestros puentes; los rostros sufridos de las mujeres humilladas y postergadas; los rostros cansados de los inmigrantes, que no encuentran digna acogida; los rostros envejecidos por el tiempo y el trabajo de los que no tienen lo mínimo para sobrevivir dignamente (cf. CELAM: Documento de trabajo, 163). El amor misericordioso es también volverse a los que se encuentran en carencia espiritual, moral, social y cultural" (Ng 178).

Y luego afirman solemnemente: **"El Señor nos pide que sepamos descubrir su propio rostro en los rostros sufrientes de los hermanos (Ib.).** Tenemos que sentir el vértigo de la caridad que nos impulsa a bajar a los infiernos de los hombres, a los que sigue bajando hoy el Crucificado en sus seguidores. Estos infiernos tienen muchos nombres, pero un denominador común: *la dignidad humana profanada.*

Dios a nadie excluye de su corazón de Padre, pero tiene sus preferencias. El Dios de la Revelación es un Dios que "libera al pobre que pide auxilio, al afligido que no tiene protector", "que se apiada de; pobre y de; indigente y salva la vida de los pobres" (Sal 72,12-13). Es el Dios invocado para que "defienda a los humildes del pueblo, socorra a los hijos del pobre y quebrante al explotador" (Sal 79, 4; 35,1 0).

Dios quiere un mundo de hermanos, donde la explotación, la violencia, las desigualdades que claman al cielo y que rompen inevitablemente el tejido social, no tengan carta de ciudadanía entre nosotros. Los profetas, heraldos apasionados de la Vida, se encararon, en nombre de Dios, con libertad y osadía contra aquellos que:

*"venden al inocente por dinero,
al pobre, por un par de sandalias;
revuelcan en el polvo al desvalido
y tuercen el proceso del inocente"*
(Am 2, 6-7).

Dios es el Dios de la Vida (Cf. Ez 18, 23.32; 33, 11) y lo que quiere es que el hombre viva toda la Vida (Cf. Jn 17, 1-2), es decir, que *logre ser humano pleno todo ser humano.* Y especialmente aquellos que la violencia de la historia y de la sociedad han alejado más de su plenitud. Por lo tanto, Dios no quiere que el hombre sea atropellado, marginado, explotado y declarado desechable. Y la razón la dirá Él más tarde:

"En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt 25, 35-40).

Esta es la palabra de Dios: palabra que cuestiona e interpela, que anima y que libera. Es una palabra *subversiva* de Jesús frente a la situación del mundo que nos toca vivir: egoísta, muchas veces, calculador e insolidario. *Los creyentes debemos descubrir en el otro a Cristo mismo.* Recuerdo emocionado el hecho conmovedor que desencadenó la creación del HOGAR DE CRISTO. Estaba el Beato Padre Hurtado dando unos Ejercicios, al costado del Colegio S. Ignacio, a un grupo de unas 50 señoras. Explicaba el Evangelio de la multiplicación de los panes. De improviso, se demudó. Fue algo visible que todas advirtieron con sorpresa. Se

quedó en silencio un instante, y luego dijo:

“Tengo algo que decirles. ¿Cómo podemos seguir así? Anoche no he dormido y creo que a Uds. les hubiera pasado lo mismo al ver lo que me tocó ver. Iba llegando a San Ignacio, cuando me atajó un hombre en mangas de camisa, a pesar de que estaba lloviznando. Estaba demacrado, tiritando de frío. Ahí mismo, a la luz de un farol, vi cómo tenía las amígdalas inflamadas.

No tenía dónde dormir y me pidió que le diera lo necesario para pagarse una cama en una hospedería. Hay centenares de hombres así en Santiago y son todos hermanos nuestros, hermanos realmente, sin metáforas. Cada uno de estos hombres es Cristo. ¿Y qué hemos hecho por ellos?”

El Beato Alberto Hurtado se topó con Cristo en aquel hombre muerto de frío y hambriento. Lo descubría en todos los niños vagabundos, acurrucados bajo los puentes, en todos los empobrecidos por una sociedad marginadora, en los hambrientos de calor humano, de pan y de Dios. La obra se llamaría **HOGAR DE CRISTO**: Hogar, porque encontrarían calor humano todos los desarropados y abandonados por la insolidaridad de sus hermanos, y de **Cristo**, porque todos los sin techo y sin mesa, los sedientos amistad y de cariño... son **Cristo viviente**.

Estoy leyendo en estos días el "Diario del Rey Balduino". Uno cae en la cuenta de la hondura cristiana de este hombre de Dios, que fue una bendición para los belgas.

"Esta mañana, dice, sentí una gran necesidad de ir a visitar la región inundada que no había podido ver el viernes pasado. Inmediatamente

después de la misa salí hacia allí con el oficial.

Gracias, Dios mío, por haberme inspirado para que fuera a estar en medio de esas pobres gentes - algunas habían perdido prácticamente todo-. A una señora anciana, especialmente triste y desamparada, que ni siquiera tenía abrigo para protegerse del frío, he tenido la alegría de darle el mío.

*Gracias, Señor mío y Dios mío, por haber podido **darte mi abrigo para cubrirte y calentarte**. ¡Qué alegría me has proporcionado!*

Así, de una manera tan sencilla, el rey de los belgas descubría a Dios en la pobre anciana sin abrigo y lo veía siempre en todos con quienes se tropezaba en el camino. Era un creyente de verdad, como lo demostró en mil ocasiones. Y es un ejemplo de nuestros días para quienes nos decimos discípulos del Señor.

III. ORAR LA VIDA. ¡GUSTAD Y VED QUÉ BUENO ES EL SEÑOR!

Hace ya un buen puñado de años vivía con una pequeña Comunidad de jesuitas en una población marginal de Arequipa. Éramos nueve. Casi todos trabajaban en nuestro Colegio de S. José, excepto algún otro que trabajaba conmigo en la Universidad Católica. Teníamos como vecina a la Sra. Lucía, una pobladora sencilla, buena, trabajadora y solidaria. Un día, al salir para la Universidad, vi con sorpresa que de la casa de la Sra. Lucía salían ocho chicos, cuando ella solo tenía cuatro. Al regresar por la tarde le pregunté, curioso: "¿qué pasó, Sra. Lucía, que he visto que esta mañana salían ocho niños de su casa?". Y me respondió con toda naturalidad: "es que, Padrecito, ayer llegó mí comadre, la Alberta, de Juliaca, porque tenía que

hacerse unos exámenes y no iba a dejar a los niños solos; así que se los trajo a todos". Me acordé entonces de aquel axioma que: "en la casa del pobre, todos caben".

Me quedé conmovido por esta mujer tan pobre de todo, menos de corazón. Me fui a la capilla para darle gracias a Dios por la Sra. Lucía, tan cercana, tan compasiva y tan misericordioso. Un destello muy luminoso del corazón de Dios. Me acordé enseguida del "potencial evangelizador de los pobres" del que habla Puebla (N9 1147). Yo lo palpé. Era mi experiencia del momento. A mí, al menos, me cuestionó su gesto, me interpeló y me estimuló a ser más generoso con los demás. Y me subió del corazón, casi sin pretenderlo, esta plegaria:

Te alabo, Padre, y te glorifico por la modestia y sencillez con la que muchos pobres, como la Sra. Lucía, acogen, sirven y aman a sus hermanos.

Te alabo, Padre, y te glorifico por el espíritu solidario con el que comparten los pobres y gozan celebrando juntos... y viven colgados de tu Providencia de Padre.

Te alabo, Padre, y te glorifico por el talante de vida austero y modesto con que viven los humildes de este mundo, que nos enseñan a "ser más o menos" y nos descubren que "hay más alegría en dar que en recibir".

"¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!"

Conozco a un pequeño empresario de corazón grande. Se llama Alberto. Sigue creyendo contra toda esperanza que la "religión" del mercado, con su ley de competitividad y los ídolos de la eficiencia y el consumo ante los que tantos doblan su rodilla, no puede generar un futuro que valga la pena. Por

eso ha decidido admitir en su pequeña empresa, que está cerca de una populosa cárcel donde viven hacinados casi 4.000 personas, a algunos encarcelados de buena conducta. **"Hay que ayudarlos a que se rediman"**, dice. Y aunque ha saboreado algún fracaso, sin embargo, su corazón le dice que hay que seguir apostando por estos hombres excluidos de la sociedad y con la marca de indeseables para toda su vida. ¡Y su iniciativa ha sido todo un triunfo humano!

Cuando hablo con él y lo veo feliz al ver a los encarcelados trabajar en la bomba de bencina y a ellos tranquilos y agradecidos porque alguien sigue creyendo en ellos, me sube también la oración a los labios:

Yo te alabo, Padre, y te glorifico, porque Alberto sigue todavía apostando por la recuperación de muchos encarcelados y les abre horizontes para que puedan crearse un futuro digno a pesar de la historia que arrastran y por la que muchas puertas se les cierran para siempre.

Yo te alabo, Padre, y te glorifico, por la fe de Alberto en la dignidad de todo hombre y por el respeto y el cariño con que trata a estos hombres que nadie quiere.

Yo te alabo, Padre, y te glorifico, porque Alberto ve en cada uno de estos rostros desfigurados por el robo, la droga e incluso el crimen, a un Cristo roto y trata de *recomponerlo* con cercanía y cariño.

"¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!"

A Alberto le gusta meditar y repetir una y otra vez aquel poema del obispo Pedro Casaldáliga:

*Al final del camino me dirán:
-¿Has vivido? ¿Has amado?
Y yo no diré nada,
abriré el corazón lleno de nombres.*

IV. CELEBRAR NUESTRO DESCUBRIMIENTO

Hemos visto cómo Tolstoi, el Beato Alberto Hurtado, la Sra. Lucía, D. Alberto... celebraban el descubrimiento del otro como hermano, como otro Cristo Viviente. ¿Cómo celebrarlo nosotros?

A muchos nos escuece por dentro el corazón ante situaciones inhumanas e injustas de indiferencia, desprecio, marginación del otro, y que no revelan el espíritu evangélico que nos lleva a descubrir a Dios en todos y muy especialmente en los más empobrecidos y marginados. El mundo tiene que ver a hombres y mujeres que sepan identificarse con los que sufren, con los que viven a la intemperie, con los que sobran en este mundo de eficacia y exitismo hasta dar la vida en su ayuda. Y todo porque están convencidos desde una fe vigorosa que con todos ellos se identifica el Señor. De esto y solo de esto seremos examinados al final del camino:

*"Cuando en la tarde de mi vida,
camine con paso lento hacia Ti,
porque TUVIERON HAMBRE,
y TE DI de comer,
acuérdate, Señor,
de mis cabellos blancos."*

(Canción del P. Duval)

Les propongo que coloquemos al Cirio Pascual, que simboliza a Cristo, en el centro y que nos acerquemos a prender nuestra vela. Ya en nuestros puestos de nuevo, juntos rezamos juntos:

Señor que dijiste:

"En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis", danos unos ojos limpios de todo egoísmo, que sean capaces de penetrar el disfraz que todos llevamos encima, para descubrirte en cada uno de los hermanos con los que nos cruzamos todos los días en nuestros caminos.

Queremos celebrar el descubrimiento de Ti en el encuentro con los otros, sin pasar nunca con un corazón distraído, que jamás demos rodeos cómodos cuando te vemos golpeado en los maltratados por la insolidaridad de unos y la indiferencia y hasta la crueldad de otros.

Señor, haz que nuestra fe no vacile y que sea capaz de desvelarnos tu Rostro en los rostros cansados, desilusionados y hasta irritados de tantos y tantos hombres y mujeres que no encuentran un Buen Samaritano que los levante de su marginación, los cure de tantos sufrimientos, pobreza y rebeldías y los devuelva a una vida digna, ilusionada y gozosa.

Otro modo de celebrar esta Vida de Dios en el otro podría ser reunirnos, al terminar nuestra meditación, a rezar juntos el *PADRENUUESTRO*, unidos de las manos. Al final podríamos darnos un abrazo de fraternidad, diciendo con sencillez y verdad:

Tú eres para mí Cristo viviente, quiero construir contigo un mundo de paz, de justicia, de libertad y de amor, donde nadie pase hambre de pan ni de Dios y así TODOS SANTIFIQUEMOS TU NOMBRE,

Te pedimos, Señor, que NOS PERDONES NUESTRAS OFENSAS, consabidas derrotas de un corazón herido, enfermo, que no ha aprendido aún a descubrirte en el otro ni a amarte como Tú te mereces ser amado.

Te rogamos, Señor que NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACION de seguir como antes... sin sacudir nuestro egoísmo que nos impide verte en los otros, y no nos deja emplearnos a fondo en secundar tus magníficos proyectos liberadores.

Y LIBRANOS DEL MAL de dejar sin respuesta tu llamada incesante a una vida más fraterna y solidaria, más creadora de paz y de justicia, más buena y feliz, en un mundo que espera cada día tu presencia en nosotros. Amén.